

las ceremonias de la religion. ¡Cosa notable! los niños de Pompeya tenían el mismo gusto: tan cierto así es que el hombre es naturalmente religioso. Hé aquí tres de ellos que están ocupados en ofrecer una libación alrededor de un monumento; otros celebran un sacrificio: y podeis tocar con vuestras manos los pequeños cuchillos y las peñas páteras, las jarritas y demas objetos destinados á la inmolation de la su-puesta víctima.

De los niños pasemos á las personas grandes; no hablo de las caricaturas ya conocidas de los antiguos, que cubren los frescos de las diferentes piezas; examine-mos solamente muebles y utensilios del ajuar. En la bodega están las numerosas hileras de ánforas, de color gris, largas, de cuello estrecho, simples ó con dos asas; la mayor parte de tierra cocida, están barnizadas; aquellas contienen aceite, éstas vino y otros licores. En esta jarra perforada con pequeños agujeros y llamada *Glirarium*, se conserva vivo el liron; cuando se quiere, se le frie y se come. Esta otra jarra llena, contiene trigo, haba, cebada; podeis tomar de ella y si quereis sembrar. Hé aquí los morteros con sus manos, las escudillas con sus cubiertas, las salseras, los vasos de madera con esta comprometadora inscripcion: *Bibe, amice, de meo*; "Bebe amigo de lo que contengo." Entre estos vasos los hay pulidos y de diversos colores; otros con una asa, y muchos tienen dos. Las pequeñas tazas azules que veis no han servido todavía; iban á servir en los momentos de la erupcion; porque fueron halladas cuidadosamente puestas unas dentro de otras, rodeadas cada una con una ligera capa de paja, segun el método todavía empleado por nuestros comerciantes de vasos y de loza.

En nuestro siglo de las luces, se han dado no sé cuántos diplomas de invencion por los hornos económicos; es curioso ver

la antigüedad de este moderno descubrimiento. Hé aquí un horno exactamente semejante á los que conocemos, en el cual se mandaban cocer, hervir, asar muchas cosas á la vez; sino que es de bronce y los nuestros son de fierro colado, ¡progreso! A derecha é izquierda brillan las marmitas y las cacerolas, la mayor parte plateadas en el interior; los moldes para la pastelería, las coladeras, las cubetas, y hasta las tenazas para tomar la lumbré. ¿Quereis saber á quién pertenecia la hermosa jarra colocada en aquella consola? la inscripcion os dice que fué propiedad de la Sra. Camelia Schelidoni: *Camela Schelidoni*. Siento no poder enseñaros más objetos de esta dama pompeyana, cuyo buen gusto es incontestable. La gran vasija que está á un lado de la jarra merece una atencion particular. La llave colocada á un lado, muy encima del fondo, da la ventaja de tener, ya agua hirviendo, ya un cocimiento de flores ó de plantas depositadas en la parte de la vasija inferior á la llave. Mirad todavía aquel calentador; es cuadrangular, el contorno representa las murallas de una ciudad con sus torres y sus troneras; todo este recinto está hueco y contiene agua, que una vez en ebullicion sale cuando se quiere por una llave colocada á un lado. Las torres tienen una cubierta que se abre cuando se necesita vapor de la agua hirviendo, para moderar el aire demasiado enrarecido por el fuego.

De la cocina es natural entrar al *Triclinium* ó comedor. La mesa está puesta y cubierta con setenta y dos piezas de plata labrada; los platos, las soperas, las charolas, las cucharas y los cubiertos son muy semejantes á los que usamos, solo los tenedores tienen la punta recta, y los vasos de grandes dimensiones están provistos de dos asas, lo cual pareceria probar que los antiguos bebían grandes cantidades y bebían á dos manos. ¿Pero los alimentos?

Hé aquí harina, levadura envuelta en la servilleta cuya marca es todavía visible, pan con el nombre del panadero: *Eris. q. Cran. Re. Ser*; rosquillas y galletas, trigo, cebada, maíz, arroz, salvado, trufas, cañamones, habas, lentejas, algarrobas, almendras, castañas, nueces, hongos, dátiles, higos, aceite en una vasija que se liquida todavía con el calor, carne en una caserola de plata, en fin, huevos frescos. . . . de dos mil años. Todos estos objetos de un uso diario, están allí tales como fueron hallados, la mayor parte en las mismas vasijas de tierra, de bronce ó de plata en donde los habian depositado hace tantos siglos los desgraciados habitantes de Herculano y de Pompeya.

En cuanto á los objetos de lujo, el número es inmenso; igualmente, si no exceden por la riqueza de la materia y la belleza del trabajo, á lo que hemos visto más perfecto. La vanidad es antigua en el mundo femenino y las damas de Pompeya parecen haberse sacrificado á ella ampliamente. Brazaletes de oro en forma de serpientes, para la parte alta del brazo y para las muñecas, collares igualmente de oro con piedras preciosas, camafeos de un valor inestimable, adornos de todo género, tales son los brillantes testimonios de esa enfermedad tantas veces secular. En este rico almacén de novedades, encontramos elegantes visitadoras que se extasiaban, que hacían exclamaciones de admiracion y que devoradas por el deseo de tener brazaletes ó collares á la Pompeyana, preguntaban: ¿cuánto costará esto? ¿cuán bello es! ¡qué trabajo tan exquisito!

Dejando en sus gozes á aquellas dignas hijas de sus abuelos, quisimos recorrer, antes de dejar el museo, el círculo entero de la vida humana, nos quedaba por ver la muerte y las ceremonias que la acompañaban. Hé aquí el fúnebre cortejo, con las plañideras obligadas y las imágenes de

los antepasados, van seguidas del *Silicernium* y de la urna que contiene las cenizas del difunto. Los bajos relieves del mausoleo repiten las acciones del muerto; más lejos está el *Triclinium* funerario, en el cual una multitud de Pompeyanos, recostados en lechos, participan de la comida consagrada á la memoria de aquellos á quienes han perdido. Para que este espectáculo sea una simple representacion mirad aquellos muertos de diez y ocho siglos.... Momias medio descubiertas, pero acostadas en su tumba, y aquellos esqueletos, negros como el carbon, conservan todavía una parte de sus cabellos.

Nuestro viaje, comenzado en las ruinas de Baja, continuado en los edificios de Pompeya, completado en las galerías del museo Borbon, en medio de la antigüedad pagana, habia concluido. ¿Qué impresion nos queda de él? A vista de aquellas casas, de aquellos muebles, de aquellas costumbres semejantes á las nuestras, aunque dos siglos mayores, se dice cada cual: Nada hay de nuevo bajo el sol; lo que es, es lo que fué y lo que será. Encerrado en un círculo cuyos límites no le es dado pasar, el hombre avanza y retrocede sucesivamente. En cuanto á artes y construcciones de lujo, los antiguos son todavía nuestros rivales y frecuentemente nuestros maestros. Lo que sabia ayer lo olvida hoy: mañana lo vuelve á encontrar, creyendo haberlo inventado y canta su progreso. Para igualarles nos faltan dos cosas: la riqueza y la esclavitud. Pero bajo el velo brillante de una civilizacion material, elevada hasta los últimos límites, la vista percibe una sociedad devorada por el egoismo, gastada en desórdenes y repugnante por sus crímenes, cuyo solo recuerdo hace palidecer. Las pruebas palpables de esta increíble degradacion están allí y parecen haber sido conservadas, no solo para justificar á los autores paganos y á los Padres de la Igle-

sia que trazaron el cuadro de las costumbres romanas, sino tambien para enseñar al viajero espantado, que no han dicho, ni han podido decirlo todo. En presencia de estos irrecusables testigos, el cristiano bendice con toda la efusion de su corazon al Dios cuya infinita misericordia ha renovado la faz de la tierra, y añade adorando su temible justicia: Si las artes, la religion, los espectáculos, las costumbres generales son la expresion de una época, de un pueblo y de una ciudad, Herculano y Pompeya merecian el horrible castigo que las anonadó.

24 DE FEBRERO.

El Vesubio.—Resina.—La Crinita.—Recuerdo de Spartaco y de Plinio.—Llegada á la cima del Vesubio.—Descenso al cráter.—Fertilidad de los terrenos volcánicos.—Herculano.—Portici.—El Corrícolo.

Para completar la útil leccion que dan Herculano y Pompeya, nos quedaba por visitar el Vesubio, temible agente de la justicia de Dios, que destruyó á causa de sus iniquidades, y que conserva para instruccion de las razas futuras, á las ciudades culpables. Salimos á buena hora por el camino de fierro de Castellamare, y en veinte minutos estuvimos en Resina, pequeña aldea desde la cual se sube al Vesubio; se dirige uno para tener guías á los hermanos *salvatori*. Esta familia, cuyo solo nombre inspira confianza, goza de padres á hijos el privilegio de acompañar á los viajeros á la visita de la terrible montaña; ella lo divide con otras siete familias á quienes se hace aprender gratuitamente la lengua francesa. Ajustadas las condiciones, tomamos un frugal almuerzo durante el cual se prepararon los asnos y las mulas que debian servirnos de cabalgadura; cada uno de nosotros compró el baston

de rigor y la caravana partió. A su cabeza marchaba el guía, en el centro y á la retaguardia venia un grupo de quince á veinte lazzaroni de diferentes estaturas. Unos conducian nuestras cabalgaduras por la brida, otros las tenian por el cabestro y venian á cuidarlas al pié del Vesubio: aquellos llevaban canastas de naranjas y algunas botellas de *lacryma Christi*. Muchos adoradores del *farniente* nos seguian sin otra funcion conocida que divertir á nuestras excelencias con sus pantomimas y sus graciosas ocurrencias, pero en realidad trataban de probarnos á cada momento por indicaciones artísticas, históricas, mineralógicas, la grande utilidad de su presencia y la obligacion sagrada de reconocer sus importantes servicios con algunas monedas.

A una media legua de Resina, se deja la bella vegetacion, los plantíos de viñas, de olivos, las blancas vilas, con sus cercados de naranjos. La pendiente se hace más rápida; y un camino pedregoso, difícil, serpenteando entre enormes capas de lava, conduce á una soledad espantosa. Allí comienza una naturaleza triste y muerta á la cual la vista de pequeños pedazos de terreno escarpado, á la destruccion, añade más tristeza todavía. Bien pronto se llega á las capas de lava negras, calcinadas, vitrificadas que cubre la base del Vesubio, cuyo cono negruzco, semejante á la chimenea de una inmensa máquina de vapor, se lanza á los aires á una altura de 1,300 piés sobre el nivel del mar. Sin embargo, en medio de aquel desierto se encuentra un oasis; este es la *Ermita*, llamada tambien *hotel de los Tres Olmos*. La Ermita es una casita en la cual reside un sacerdote con muchos carabineros. El padre Tomás á quien estábamos recomendados por uno de nuestros amigos, estaba por desgracia ausente, y los honores del lugar nos fueron hechos por un criado inteligente aunque

un poco charlatan. Desde la azotea el golpe de vista es encantador, es el panorama napolitano tomado desde el punto de vista opuesto á los Camaldulenses.

Ademas, dos recuerdos trágicos vienen á llenar con su sombra el cuadro. Hacia el año de Roma 680, un esclavo nacido en la Trácia, estaba encerrado en Cápua con tres ó cuatro mil desgraciados destinados como él á los sangrientos juegos del Anfiteatro. Una noche forza su prision, gana el campo y se ve bien pronto á la cabeza de una pequeña tropa de esclavos fugitivos; de montaña en montaña llega á la vertiente del Vesubio. Lleno de audacia y de valor, dotado de una fuerza de alma que los malos tratamientos de la servidumbre han duplicado, Espartaco dirige á sus compañeros las enérgicas palabras que la historia ha recogido y que parecen todavía repetir los ecos del volcan: "Desechos del mundo, sin nombre, sin patria, sin familia, condenados á recrear á nuestros señores con espectáculos bárbaros ó á alimentar su molicie á precio de nuestros sudores; tratados por ellos como viles animales, el látigo sangriento, el fierro candente, la cruz, son el precio de nuestros servicios; hé aquí lo que somos. Depende de nosotros cambiar nuestra suerte; tenemos la fuerza el número y el derecho, sepamos combatir y el destino será nuestro." A estas palabras extiende las manos hácia el cielo y hácia el mar: sus compañeros las levantan sobre sus escudos, y ocho dias despues cuarenta mil esclavos, formados en batalla, baten á los pretores y á los cónsules y hacen temblar á la gran Roma; pero la hora de la libertad no habia sonado todavía para el mundo. Cinco años despues Espartaco, derrotado por Craso, venia á morir casi en el mismo lugar en que habia levantado el estandarte de la emancipacion.

Quando desde la altura de la misma azo-

tea se llevan las miradas del lado de Stabia, se cree percibir á través de una lluvia de cenizas el fatal sudario en el cual se hizo tender Plinio el anciano, sufocado por el humo del volcan, despues de haber pedido dos vasos de agua fresca. Se cree sentir todavía el olor del azufre que anunciaba la columna de aire abrasada, luego se cree ver la llama que seguia, y muy pronto se distingue el cuerpo inanimado del gran naturalista, muerto en aquellos lugares por amor á la ciencia, como Espartaco por amor á la libertad.

Aunque poco consolador, este último recuerdo no nos impidió seguir nuestra peligrosa ascension. Es cierto que el cielo estaba en calma y el Vesubio perfectamente inofensivo. Si nada teniamos que temer del volcan, parece que sí debiamos temer á los *sgrazzatori* (bandidos). Al dejar la Ermita, nuestra pequeña tropa fué escoltada por dos carabineros de seguridad. Su Majestad Napolitana los mantiene en aquel puesto aislado para acompañar á los viajeros á quienes, sin esto, se les podria robar y hasta asesinar al pié del Vesubio sin que un oido humano oyese sus gritos de angustia. Por un estrecho sendero se baja á una profunda barranca que protege la Ermita contra las erupciones del volcan; luego se eleva uno sobre enormes capas de lava y se llega en poco tiempo á la base de la montaña. A la izquierda se levanta un cono llamado *Cono de Gotrey*, del nombre de un francés que se precipitó en él voluntariamente y cuyo cadáver vomitó el Vesubio dos dias despues. Allí es preciso echar pié á tierra; las bestias de carga no pueden ir más lejos; toca ahora á los viajeros subir armados de un baston el flanco escarpado de la montaña. Quando llegamos á cierta altura, nos sentamos para respirar y gozar de un espectáculo que no carecia de interes.